



CIENCIAS,

LETRAS,

ARTES

É INTERESES GENERALES,

Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Administrador de la REVISTA DEL TURIA, Teruel.

No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan a la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos.

Véanse los precios de suscripción en la cubierta.

SUMARIO.

- Crónica*, por Ricardito.
Nota de la prensa, por D. Martín Piñango.
Dos cartas, por D. Sinesio Delgado.
A mi querido amigo Pedro Feced, por don Marcial Ríos.
Anuncio de la apertura de matrículas en la Sociedad Económica Turolense de Amigos del País.
Receta para dormir bien, por D. Enrique Gaspar.
Estudios literarios, por D. Antonio Talayero.
Aventuras de un Triciclista, por D. Manuel Polo y Peyrolón.
Miscelánea.—Anuncios en la cubierta.

CRÓNICA.

La tercera subasta del ferrocarril Calatayud-Teruel ha quedado desierta. Ahora deberá el señor Navarro y Rodrigo, ministro de Fomento, cumplir sus ofrecimientos hechos solemnemente ante la representación nacional. Nuestros diputados y senadores deben acercarse á él y recordárselos.

El día 7 tuvieron lugar los funerales en sufragio del alma de don Alejandro Lázaro y Julve, prepa-

rados por los discípulos, amigos y admiradores del profesor, que fué, de música y de dibujo en esta ciudad. Si supo con su constancia y buena voluntad difundir entre sus paisanos el estudio y conocimiento de las bellas artes cuando aquí no había más centro artístico docente que su casa, continuando de este modo la patriótica tarea de los Valle, Marín y Vicente Lázaro; sus discípulos y admiradores han sabido también realizar un honroso alarde de gratitud á su memoria, al que ha correspondido todo Teruel acudiendo á la Iglesia del Salvador insuficiente para contener tanta concurrencia. La misa de *Requiem* del maestro Cuellar con algunos números de la de Cherubini, y el *Libera me*, de Subero, fueron las obras religiosas ejecutadas durante el póstumo y fúnebre recuerdo.

Por cariño al malogrado Lázaro, de quien fué amigo y compañero, cantó en la misa y responsorio, nuestro querido amigo y paisano el afamado tenor señor Marín. Y dicho está que si cantó, admiró. D. Francisco Cerezo y los demás señores que constituyen la capilla de la Catedral y la orquesta, todos bajo la inteligente dirección del maestro Subero, desempeñaron con esmero sus respectivos papeles.

La disposición del catafalco, con trofeos y coronas simbólicas apropiados al objeto, fué dirigida por el reputado artista pictórico don Salvador Gisbert.

Enviamos cordial felicitación á cuantos directa ó indirectamente han contribuído para realizar éste acto de gratitud á la memoria de un hijo distinguido de Teruel, no solamente por el consuelo que habrán llevado, seguramente, al áni-

mo de la desconsolada familia de Alejandro Lázaro, sinó porque en los pueblos agradecidos ni menguan las virtudes ni hay peligro de que se extinga el amor que más estrechamente une las voluntades, el amor á la patria.

Después de pasar una temporada en los baños de Segura el señor marqués del Busto con su señora y familia, y D. José Maria Pantoja secretario de sala del Tribunal Supremo, han marchado con dirección á Madrid y San Sebastián respectivamente. Haciendo uso de aquellas acreditadas aguas minero medicinales han encontrado notable alivio en la dolencia de la vista que vienen padeciendo, proponiéndose volver á continuar el tratamiento hidroterápico.

Recibimos «La Comarca» periódico de noticias é intereses generales que se publica en Alcañiz. Agradecemos su saludo y devolvemos la visita dejando, con gusto, establecido el cambio.

Acerca de lo que es el expediente en España, cita el siguiente sucedido un periódico de Cádiz:

«Tratábase de un dictamen que debía emitir una corporación. Los miembros que la constituían nombraron una subcomisión para estudiar el asunto; ésta delegó su tarea en el secretario, que á su vez delegó en el oficial primero; éste al segundo; el segundo al tercero; el oficial tercero en el auxiliar, y éste que no estaba muy hecho á tales achaques, llamó en su auxilio al escribiente, que se comprometió á extender el dictamen, no sin exigir antes que, en recompensa, se le concediese faltar una quincena á la oficina. Extendido el dictamen, cada cual lo fué presentando al superior gerárquico como trabajo propio, para lo cual tomábase los interesados la pena de escribirlo

de su puño y pulso, y así llegó al secretario, que, hallándolo muy bueno, llamó pocos días después al escribiente, y, palabra por palabra, le fué dictando con gran énfasis lo que este último mono de la oficina se había sacado á fuerza de desvelos de su mismísimo caletre.»

Por falta de número de señores diputados, no han podido abrirse las sesiones extraordinarias en que la Diputación provincial había de acordar sobre los asuntos que expresábamos en nuestro último número.

RICARDITO.

NOTA DE LA PRENSA.

Señorita Doña María Cabrerizo.

Dejando á un lado tonterías, preámbulos y cumplimientos que, según tengo observado, agradan poco á las mujeres de sentido común, consigno aquí gustoso el rato felicísimo de que le soy deudor después que hube de leer su carta del 25 de Agosto último, publicada en nuestro apreciable colega regional *La Derecha* de Zaragoza.

Sí, señora mía (que más quisiera yó); lo de discutir á diario con las gentes de americana y hongo, se hace más pesado que una disertación de ingreso en la Academia de Jurisprudencia. Esto es horrible. ¡Solo hombres en la redacción! ¡Cuanta monotonía!... ¿Nó le parece á usted que si nos codeásemos en la mesa grande; si junto al *chál* se colgase el sobre-todo; si las vistosas plumas de la capota acariciasen la seda arremolinada del sombrero de copa que acaso cobija al genio; no le parece, repito, que serían cosa muy diferente los órganos de la publicidad, que su confección variaría por completo y que los escritos sino resultasen tan correctos serían mas animados?

No insisto en la pregunta, porque veo que me dá usted la razón.

De mí se decir, que cuando encuentro por los periódicos la firma de una señora, no puedo contenerme, leo los párrafos con la mayor avidez, y entretanto, me parece, percibir un ruido de faldas ligero y suave que pasa rozando; unos

golpecitos ténues de ciertos pies tan ténues como los golpecitos, y por último una boca fresca y carmínea que se contrae sonriente como para darme las gracias.

¡Parece mentira! Dice Camús que los escritos de ustedes huelen á *Pachoullí* y que no puede leerlos, sin duda por que le narcotizan. Haga él lo que bien le parezca, mas entretanto á mí póngame una poquita de su esencia en el pañuelo.

Algo *cursi* parece esto, pero ¡Bhal... de ménos nos hizo Dios, que dijo... el que lo dijera, que yo no lo recuerdo en este instante.

Y concretándome á hablar de usted, objeto principal de esta carta, previas las autorizaciones consiguientes de su amabilidad y condescendencia, que yo creo ha de ser mucha, consigno, que tanto y tan original, por no decir raro, he visto en la carta á que aludo que no he podido ménos de dedicarle el espacio de que puedo disponer en el número de LA REVISTA.

Usted perdonará la falta de forma coquetona y galante que necesariamente habrá de notarse en estos renglones dirigidos en público á una señora, por quien si particularmente ha hecho lo que no es del caso citar, jamás se ha visto en ninguno siquiera parecido á este.

Usted, toda una señora que habla de *Sobaquillo* y de *Sentimientos* (se le pasó subrayarlos), que llama gloria á eso que puede alcanzarse en el arte del toreo, que se queja de un crítico que la trató muy descortesmente al ocuparse de los primeros versos que publicó, que se sonríe con Marcos Zapata, saluda á Cavia, se escribe y es visitada por D. Eusebio Blasco (ya se vá volviendo viejo), que llama á Royo y Vilanova, Luisico, y que quiere encerrarse en un claustro, tenía á la fuerza que escitar mi atención. ¡Y como nó, si tengo veintidos años sin quitar día... y el vicio de emborronar cuartillas!

Procedamos por partes, que decía mi profesor de Gramática cuando alguien recitaba la lección tan deprisa que era imposible entender palabra.

En primer lugar no creo vaya usted á llamarme poco atento cuando al lado ó enfrente de sus ideas exponga las mías; lo hago así, porque creo que á las señoras de la prensa puede hablárseles de un modo muy diferente que á las de pura sociedad. Ustedes, dicho sea sin adu-

lación ni ofensa para nadie, son más cultas, han leído á Daudet, y hasta saben dar generosamente un abrazo, lleno de candór por supuesto, al escritor de su devoción.

Casi me ruborizo al decirlo, pero puede usted creerme, desde que me he convencido de la posibilidad de esto último, en mi fuero interno he hecho resolución firmísima de no arrinconar la pluma aun en medio de los mayores contratiempos; y no es por que tenga la pretensión de que con mis escritos pueda crearme adoradoras, muy al contrario, pero como soy de los que hacen las cosas *por si pegan*, he aquí la clave del enigma.

Jamás he creído que una corrida de toros pudiera tener mas atractivos para las mujeres, que el de un simple espectáculo donde se lucen galas, joyas y atavíos más ó ménos nacionales, y para los hombres, el de la contemplación de esas galas y esas joyas en mujeres que deslumbran y quitan la luz de los ojos, *mejorando!*...

(Ya comprenderá que esto lo escribo para dar gusto á los *maletas* que me lean).

Pero usted vá mas allá; denomina á ciertas personalidades «glorias del toreo» y quiere que vivan *Sentimientos* y *Sobaquillo* para perpetuar esa gloria.

¡Por Dios, señora!

Cuando veo que escritores de tanta estima ponen su pluma al servicio de esta clase de espectáculos, vierto lágrimas que me duelen mucho; pienso en lo bueno que pueden hacer aprovechando en otro sentido el ingenio que derrochan á torrentes, y compadezco al pueblo que aplaude sin conciencia de lo que hace.

¿Usted se une á ese general aplauso? No puedo creerlo; usted como mujer, tiene que esconder el rostro cuando la barbarie haga de las suyas; usted tiene que salir horrorizada del espectáculo y con propósitos firmísimos de no volver.

Pero nó; que me estoy poniendo serio, y esto es de muy mal gusto hablando con una señorita.

En estos tiempos de tisis, pulmonías y catarros que hemos alcanzado, siempre es una ventaja ser mujer de circunstancias, prendas recomendables y sobre todo tener carnes frescas y delicadas. ¡Qué cosas se escriben con la pícara influencia del naturalismo! (yo creo que es del naturalismo). Mientras lo leía pasé un mal rato. Usted quizá al escribirlo lo hizo con el santo fin de que nos

creciesen los dientes, y le aseguro que por mi parte el efecto se ha conseguido aunque no todo lo que yo deseára.

Porque tengo una mella que, si bien se ha hecho mas pequeña, no ha desaparecido por completo. Y verá usted por que pasé mal rato. Puede decirse que físicamente soy la antítesis de usted; no tengo ni la mitad de carne que Perillán Buxó. ¿Cómo, pues, no ha de roerme el gusano de la envidia pensando que hay quien las tiene *frescas y delicadas?*

Por eso decía yo antes que con ustedes dá gusto tratar.

Detente pluma infernal, que creo vá poniendo mala cara la señorita Cabrerizo, á pesar de lo hermosa que yo me la había imaginado, y acaso se disguste con cuanto yó, le digo. Variemos por lo tanto el tono.

Usted debe ser feliz, feliz en grado sumo, y lo creo así por que yó en su caso lo sería. Tiene correspondencia y trato frecuente con artistas de veras. ¿Qué más puede desear quien se precia de escritor?

Yo, en cambio, tengo que contentarme en este rincón del mundo con conocer á los personajes y notabilidades por las caricaturas del *Madrid Cómico*. A veces escribo á los *grandes*, *Clarín* inclusive, y resulta que nadie me contesta; bien es verdad que *Clarín* me tiene poco que agradecer. Ni siquiera tienen conmigo esa atención los directores de los periódicos de valimiento; ¡siempre me contesta el administrador! Para no disgustarme atribuyo esto á que debemos ser muchos los importunos y que es imposible sostener las *buenas* relaciones con todos.

De *artistas*, no conozco personalmente mas que á Concha, una que es modelo...

Bromas aparte, y lleguemos con los mejores propósitos, á las interioridades de ese claustro con que usted sueña.

Por sola esta condición aparece usted ante mis ojos altamente simpática. No se por qué quiero tanto á los que piensan en monjíos. Sin embargo, me sublevo cuando la cosa vá de veras.

Las celdas del monasterio no se han hecho para las mujeres. Si el retirarse del bullicio del mundo constituye una penitencia ó castigo, vayan allá los que pecan, los hombres solo; ustedes son muy buenas, lo digo yó. Además ustedes, suspiran muy fuerte y allí no caben esos suspiros por anchuroso que sea el claustro. Nosotros acostumbrados á todo, los

reconcentramos en el silencio y aunque lleguen á ser más dolorosos, se oyen menos. Ustedes en el mundo siempre tienen un último camino para buscar la felicidad, nosotros como todos están agotados, es hasta justo ir á donde el oleaje de la tormenta nos arroja.

Ya lo vé, yo también tengo la pretensión de echarme una capucha de paño burdo sobre los hombros.

Pero conste que no me hace gracia esa decisión que usted formó. Al Altísimo se le puede servir de muchos modos, y uno de ellos es, tener en casa un enjambre de pequeñuelos que entre oración y oración intercalen un sin fin de besos.

Valga por lo que valiere, este es mi parecer.

Por lo menos, no sea usted monja hasta que yo pueda ser su confesor.

Entre tanto y pidiéndole mil perdones por estas osadías, al besar sus pies queda incondicionalmente á su disposición su seguro servidor,

MARTÍN PIÑANGO.

Teruel y Septiembre del 87.

DOS CARTAS. (I)

«*Día quince.*—¡Ay, Agapito!
No lo puedo resistir.
Me es imposible vivir.
¡No me deja el señorito!
Obsequioso y zalamero
siempre que me encuentra al paso...
Pero yo no le hago caso
por que sabes que te quiero.
Hoy me ha reñido de firme
y no he roto ningún plato.
Se empeña en que pague el pato
porque no quiero rendirme.
Ahi tienes lo que me pasa.
Me quedan, para escoger,
dos caminos: ó ceder
ó marcharme de la casa.
Pero tu no tengas miedo,
que si me voy á otra parte,
me acordaré de avisarte.»

«*Día diez y seis.*—Me quedo.»

SINESIO DELGADO.

(1) El pensamiento es añejo—de un cuento viejo, ¡muy viejo!

Á MI QUERIDO AMIGO PEDRO FECED: (I)

(CONTESTACIÓN.)

¿Al fin salimos ahora con que aquel defensor elocuente del cuadro *Los Amantes de Teruel* era Pedro Feced? ¿Pá, nada menos?... Pues mira; si he de hablarte francamente al ver tus versos que eran buenos, buenos, lo sospechaba ya; y ahora al ver que los firmas ¡claro está! aunque entonces dudara, ya no dudo. ¿Quién sino tú, defensa tan valiente y tan buena y etc. hacer pudo? ¡Tu solo! ¡Gloria de la edad presente! ¡Salve, Pedro Feced! ¡Yo te saludo!

Hablando ahora con más formalidad que luce por la calle un municipio, (lo único que hace el de esta gran ciudad) ya sospeché al principio al ver la autoridad que demostrabas en los versos ¡muy buenos! en que los pobres míos impugnabas, que si no eras Perico, eras al menos algún geniázo que embozó su pluma, por cortedad, en su modestia suma. Porque... lo que decía y lo que aún digo: ¿Quién se mete en *camisa de once varas*, no siendo todo un genio? ¿és cierto, amigo? ¿Qué! ¿Si tú criticaras sin mas ni mas lo que ha dicho cualquiera, que ¡más en tus cosas se metiera, solo por gusto de decirle «justé, no tiene razón... ¡Nada! ¡y lo hace mal! y es usté tal y cual; no sabe jota de eso... ¡lo que fuera, porque yo no lo sé!» ¿Crées, digo, que obrando de este modo, digno te hicieras del común aprecio? De ninguna manera; pues por más que te pese la gente que lo oyera diría con razón «¿y quién es ese que por darse á entender se mete en todo?» Ahora, cuando se tiene al dar el paso la autoridad que tienes tú ¡no hay caso! Y de que tienes mucha yo respondo; porque desde que escribes justamente he oido emplear á mucha gente esta frase (que tiene mucho fondo!) como cosa corriente: ¿Quién lo ha dicho? ¿Feced?... ¡Punto redondo!

Por esta razón y otras que no cito, (pero tu autoridad es la primera) yo, casi no debiera contestar á tu escrito, no me tratara á guño de inmodesto; pero como en la lucha el que no empieza no ha menester para luchar pretesto (mas, si ya le han tirado á la cabeza) olvidaré un momento tu grandeza, y así, de igual á igual, si encuentro algo en tus versos censurable te lo dire; y que encuentre algo es probable... ¡Que alguna vez los génios lo haceis mal!

Te admiras, por ejemplo, al principiar

(1) Véase el último número de esta REVISTA.

de que al fin *un portento ha resultado*
 el pintor que ha pintado
Los Amantes! .. ¡Perico!... ¡el don de errar!
 ¡Si desde que pintó el cuadro lo ha sido,
 para mí y para todos, y antes lo era!
 ¡Si es que no has entendido
 mis versos, no! ¡Pues hombre! ¡buene fuera!
 Niegas que yo dijera
 que era *como pintor (asi) un portento?*
 ¡Pues no vale mentir de esa manera!
 ¿O es que acaso no alcanza tu talento
 (al menos si lo alcanza se le escapa)
 que pueda un cuadro ser á un tiempo mismo
 (fíjate; aunque parece un embolismo
 es cosa bien sencilla)
como pintura, mas que maravilla,
 y como cuadro *histórico*, una *papa?*
 Esto es lo que yo he dicho del cuadro ese,
 y así lo han entendido
 por más que á ti te pese
 todos cuantos mis versos han leído.
 Que aunque hay frases guasonas (y algo sosas)
 no se pueden tomar en mal sentido
 ¡Cualquiera lo comprende así! ¡cualquiera!...
 ¡Pero, amigo! ¡Los génius veis las cosas
 de distinta manera!

¡Y con qué ensañamiento, en guasa, en guasa,
 me llamas *celeberrimo poeta!*...
 Y ahora que se me acuerda (esto no pasa!)
 pones casi enseguida una cuarteta
 diciéndome que es mía,
 y te equivocas ¡no hay tales caracteres!
 ¡Por favor caballeros,
 que me critican con alevosía!
 Ni esa cuarteta, ni otras que despues
 pones entre comillas
 no sé con qué interés,
 son mías aunque emplees tu esfuerzo todo
 en decir en tus versos lo contrario.
 ¿Qué te propones, hombre?... ¡Ese no es modo
 de desacreditar al adversario!...
 Volviendo ahora á lo de antes, nunca yo
 me he tenido por célebre poeta
 ni mucho menos ¡no!
 Por capricho hago... así... alguna cuarteta,
 y como dijo aquel, solo á él me «justo
 y allá van versos donde vá mi gusto (1)
 Sin hacer mal á nadie, por supuesto,
 y sin echarlas nunca de *plancheta*.
 Quédese para tí esto,
 (lo de poeta y célebre decía)
 que en cuanto á mí, aunque haciéndome favor
 tu me lo digas como el otro día,
 no he de creerlo nunca ¡no señor!
 ¡no tengo la cabeza tan vacía!
 ¡Poeta!... ¿De poetas habla usted?
 Zorilla ¡Diego, no!... Pedro Feced!

Y siguiendo el camino comenzado
 (hojeando tus versos) ya he llegado
 á una cuarteta en que aseguras que
 al escribir es facil *resbalar*.
 ¡Ya era hora de que la razón te dé!
 ¿Pues nó te la he de dar!...
 ¡Vaya, Perico! ¿Y como no asentar
 teniendo un poco seso?
 Desde que has empezado tu á escribir...
 ¡que me parece á mí eso!

(1) Espronceda.

En cambio no me esplico
 que cuando sabe todo el mando aquí
 que he estado yo en Madrid, caro Perico,
 (y bastaba que yo lo dije así,
 mas aun cuando no es cosa de importancia)
 me digas si he ido yo en un consonante
 para decir que tú si has ido á allí.
 ¡Tu siempre tan tunante!
 ¿Conque has ido á Madrid?... ¿Pero al de Fran-
 Me habian dicho á mí que al acabar cia?...
 aquí el Bachillerato,
 te habias ido á Alinga, á tu lugar,
 y te has estado ahí todo ese rato!...

Y menos aun me esplico ese tu anhelo
 grande, sublime casi, al ensalzar
 la figura de *la dona camelo*
 del cuadro *Los Amantes de Teruel*.
 ¡Ni que hubieras servido de modelo
 á Muñoz cuando hacía su Isabel!
 ¿Por qué así la defiendes? ¡Vive Cristo!
 ¿No ves que eso es decir que no la has visto?

Por lo que hace á si estaba yo demente
 cuando escribí lo que escribí, la gente
 ilustrada, entendida ó imparcial,
 y si quieres aun más *la competente*,
 no me ha juzgado mal.
 Conque... por tus censuras no me arredro
 ¡Pobre Geroncio! Digo, pobre Pedro!

Y tampoco he cambiado de opinión
 aunque digas (no sé por qué razón)
 que una *pifia* muy grande cometi
 cuando por si es que en ella estas fogito,
 (¡nada mas por sospechas!) te advertí
 que hojearas la Retórica un ratito
 y la Crítica un poco repasaras.
 Dices que no está allí...
 ¡Pues siento yo que tu no la encontraras.
 porque en la mía está! ¡La tengo aquí! (1)
 ¡No con mucha estension!... Unas reglitas
 muy claras, sencillitas...
 ¿Y á qué mas estension? Eso son trabas:
 ¡Si para lo que tu necesitabas!...
 ¡Ahora! ¡Te has empeñado en que no está
 en esa sino en otra asignatura,
 y por ver quien aquí razón tendrá
 me dices *desgraciada criatura* (2)
 y que se lo pregunte á mi Papá. (3)
 Pues mira: sin decirselo, sé bien
 que él opina también
 que la Crítica, si; se estudia en Lógica,
 en general (que de esto no dudábamos;)

(1) Tratado de Retórica y Poética de D. Pedro Felipe Monlau. (Que es la que yo cursé en este Instituto, como obra de texto). Sexta edición: impresa en Madrid, año 1886.

Indice—Programa. CRITICA, definición (qué se entiende por «crítico»—Aceptaciones varias de la palabra «críticos».—Condiciones del autor «crítico» etc. etc. Página 309. ¿Quieres más?

(2) La nota anterior te probará que lo de la «plancha» que yo (según tu) «me habia tirado» y ese epíteto gracioso, debo trasladarlos á quien corresponda Conque ya sabes!

(3) Te agradezco el recuerdo de tu antiguo Catedrático de Lógica.

no así la *Literaria*, de que hablábamos;
 ¡está, en ninguna parte ó en Retórica!
 (Que según su extensión se me figura
 que se llama también *Literatura*.) (1)
 Esta es, aun cuando opines tú otra cosa
 mi opinión y de fijo su opinión;
 y en cuanto á la razón
 de que no lo pregunté á mi Papá...
 ¡De decirselo... ¡vá!
 ¡era una situación dificultosa!
 ¡Vaya una situación!
 ¿Cómo él iba á ponerse
 frente á tu autoridad? ¿ni qué creyera?
 ¡Si nó pensais los dos de una manera...
 ¡No iba el pobre á saber á qué atenerse!

Y concluyo por hoy (que esto es muy largo),
 ya que me vienen bien, como de encargo,
 tres líneas que he pensado aprovechar
 de una cuarteta tuya; así de paso
 te enseñaré también á señalar
 lo de cosecha propia y lo de agena,
 según costumbre, entre escritores, buena,
 para cuando te veas en el caso.
 Dices si me convenzo (nada aquí,
 porque tu no lo dices esto así)
 de «que (pongo con letra bastardilla
 lo tuyo ¿ves? se suele uno caer
 (sigues tu) muchas veces sin querer
 (y acabas) por meterse en ciertos líos.»
 (Ahora hablo yo) ¡Y romperse una costilla!
 ¡Pues hombre! ¡Pues no me he de convencer!
 (¿No ves que bien señalo?)

MARCIAL RÍOS.

Post data: eres un guasón,
 Perico; hablemos formales:
 yo te quise regalar
 la Historia de los Amantes,
 y un ejemplar te mandé
 sin que nadie me obligase
 por gusto de que lo vieras
 y por el de regalártele:
 y ahora me vienes diciendo
 que no lo olvide y lo mande.
 Creo que para regalo
 un ejemplar es bastante.
 Si lo has recibido ya
 despues de aquello, esto baste;
 y si no lo has recibido
 (que casi será probable)
 es prueba de que en correos
 se tragan los ejemplares...
 ¡y yo no tengo el dinero
 para tirarlo á la calle!

SOCIEDAD ECONÓMICA
 TUROLENSE DE AMIGOS DEL PAÍS.

Desde el día de la fecha, hasta el 30

(1) No solo por la extensión ¿eh?

del corriente, estará abierta en la Secretaría del Establecimiento, de 10 á 12 de la mañana, y de 6 á 8 de la tarde, la matrícula en las escuelas que sostiene la Sociedad, bajo las siguientes condiciones:

Escuela de Dibujo.

Los alumnos que se inscriban en cualquiera de las clases de Dibujo abonarán en un solo plazo, y al verificar la matrícula la cantidad de 7 pesetas, si fueren socios ó hijos de socios; y 11 pesetas si no se hallaren en este caso.

Escuela de Música.

Los que deseen ingresar en la clase de Solfeo satisfarán al inscribirse la cantidad de 7 pesetas, si fueren socios ó hijos de socios; y si no lo son, 11 pesetas, como único plazo de matrícula. La cuota de inscripción en la clase de Piano, será de 18 ó de 30 pesetas, según sean ó nó socios los matriculados, cantidad que deberán abonar en dos plazos, uno al inscribirse y otro durante el mes de Febrero. Los que se matriculen en clase de otros instrumentos satisfarán en un solo plazo 10 ó 15 pesetas según sean ó nó socios. (1)

Escuela de Gimnasia.

Los derechos de matrícula en esta escuela, que se pagarán en un solo plazo, al inscribirse, serán 5 pesetas para los socios ó sus hijos; y 10 para los que no se encuentren en este caso.

En todas las escuelas mencionadas se admitirán alumnos de ambos sexos y se fijarán horas distintas para las clases de señoritas, á fin de que se les dé la enseñanza con independencia de los demás alumnos.

Escuela de Adultos.

En esta escuela serán admitidos todos los que lo soliciten, siempre que no padezcan alguna enfermedad contagiosa que pueda perjudicar á sus compañeros, y á fin de que la instrucción primaria se di-

(1) Los alumnos que no procediendo de las clases de la Económica quieran matricularse en la de piano, deberán sufrir antes examen de solfeo.

funda sin obstáculo alguno, la matrícula será completamente gratuita, y se facilitará también gratuitamente á los alumnos libros, papel, plumas y cuantos útiles necesiten para la clase.

En ninguna de estas escuelas será admitido por el Profesor el alumno que no presente la papeleta en que conste su admisión, mediante la correspondiente inscripción en la matrícula.

Todos los alumnos quedarán sujetos á los artículos del Reglamento que constan en la papeleta de inscripción.

Al frente de las diversas enseñanzas quedan los Sres. Profesores que con tanto acierto vienen dirigiéndolas en años anteriores.

De las horas de clase y útiles ó libros que necesiten los alumnos y de todo cuanto pueda interesarles se les enterará en Secretaría los tres últimos días del mes actual á las mismas horas en que se verifique la matrícula.

Teruel 15 de Septiembre de 1887.—
El Presidente de la Sociedad, Miguel Atrian.

RECETA PARA DORMIR BIEN

Erase un hombre, y su nombre,
cual veis, en silencio paso,
pues lo importante del caso
no es el nombre, sino el hombre.
Cuentan de él que era inhumano,
tanto, que con cara impía
viendo á un pobre le decía:
—Perdone por Dios, hermano.
Y era rico: en brillo, al sol
sus joyas dábanle guerra;
no recuerdo bien su tierra,
pero, en fin, no era español.
Tenía criados, coche
y cuanto á su afán cumplía.....
Miento, sólo no podía
pegar los ojos de noche.
Todo el protomedicato
en vano le visitaba,
y el pobre señor gritaba:
—Si no me curan, me mato.
Con este clamor eterno,
dejando la blanda alfombra,
renegando de su sombra
salió á la calle, era invierno.
Con su alma forrada en cobre

marchaba sin dirección,
cuando en cierto callejón
le salió al encuentro un pobre.
—Señor, dijo, á usted acudo;
una limosna por Dios;
es invierno y somos dos
á dormir sobre un felpudo.—
Yo no sé qué oculta llama
le hirió entónces con su brillo,
que alargándole el bolsillo,
contestó:—Para una cama.—
Volvió á su casa risueño,
la cabeza recostó
sobre la almohada, y pasó
toda la noche en un sueño;
y oyó al despuntar la aurora
que una voz libre de enojos
dijo:—«Dios cierra los ojos
del que consuela al que llora.»

ENRIQUE GASPAR.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Un moralista olvidado.

EN los albores del siglo XVII un humilde sacerdote de la ciudad de Segovia dió á la publicidad un libro intitulado *Emblemas morales*, ó sea colección de cuentos, fábulas y máximas en verso, de diferentes asuntos, que, por reunir circunstancias de verdadero mérito literario y no estar en muchas bibliotecas tan estimable libro, no dudo serán leídas estas líneas con algún interés y curiosidad por los aficionados á la antigua literatura pátria y especialmente por los bibliófilos y moralistas.

La mencionada obra consta de un solo volumen 4.º, tiene orladas sus hojas con caprichosos adornos y los encabezamientos de los capítulos ó temas con toscas viñetas alegóricas, según antigua usanza, como vemos en muchas obras, y por citar alguna, en la incomparable de D. Diego Saavedra Fajardo, titulada *Empresas políticas*. El ejemplar que tengo á la vista fué reimpreso en Zaragoza en el año 1604 por Alonso Rodriguez, á costa de Juan Bonilla, Comerciante en libros, habiendo salido á luz por vez primera en la referida ciudad de Segovia, según consta en el ejemplar expresado.

Su autor D. Juan de Urozco y Covarrubias, arcediano de Cuellar, demuestra haber hecho un detenido y profundo estudio de los autores clásicos griegos y romanos, así como también poseer gran conocimiento de los libros bíblicos y mitológicos, los que ha debido estudiar con suma perspicacia y discreción, guiado sin duda, por las reglas y preceptos de los Maestros latinos.

Los discursitos morales y sentenciosos de sus emblemas, ó sea la explicación doctrinal que dá á continuación de estos, són propios y adecuados al tema ó fábula que ha referido. Es cierto que amontona citas (todas interesantes) al objeto de justificar abundantemente la conclusión moral ó sentencia de sus versos, tomadas y extractadas de antiguos autores reconocidos universal y perpetuamente como Maestros de la ciencia, las artes ó la filosofía. Pero este alarde de erudición, defecto bastante común en los escritores de su tiempo y aun de la época actual, es mas dispensable en Covarrubias, porque al citar autores ó hechos y creencias mitológicas, no lo hace por la vana ostentación de saber, si que por corroborar y dar explicación cumplida á las agudas sentencias y máximas de sus emblemas. Por lo tanto, yo no lo considero un pedante de aquellos empañosos, hueros y estirados bachilleres de los tiempos cultiparlangantes y del discreteo, que tan bien zurraron los Cervantes y Gracianes, antes bien lo estimo como un buen modelo, en su género, de aquella pléyade de hombres ilustres que, con su privilegiado talento, hicieron renacer en los primeros días de nuestra regeneración literaria, las ciencias y las artes desde las iglesias y monasterios donde, por razón de los tiempos, se habían cobijado los mejores cerebros de la nación española.

¿Quiero decir por esto que Covarrubias fué un genio superior, comparable á Calderón, Lópe, Ercilla, Herrera, Argensolas y tantos otros afortunados y clarísimos ingénios de nuestras pasadas glorias literarias? Nada de eso; pero sí afirmaré que al lado de estos tales, existieran, moviéndose en mas reducidas órbitas, otros astros que, si más humildes que los primeros, contribuyeron en gran manera al esplendor de la llamada Edad de oro de las patrias letras.

A Covarrubias se le vé escribir, no para hacer buenos versos ó atildada y

elegante prosa, si que mas bién su único empeño fué escribir un tratadito de moral, bajo la forma del cuento ó de la fábula, mas agradable y simpática á los lectores, que la árida y austera de los teólogos y tratadistas. Sin embargo de lo cual, y tal vez por esta misma causa, sus conceptos é ideas son claros y precisos y sus conclusiones lógicas y naturales, como exentas de aquellas anfibologías y enmarañadas especulaciones escolásticas, tan en boga en su época como pedantescas y empalagosas. Sus emblemas son verdaderos cuentos y apólogos que, más de un escritor posterior, los vistió con el ropaje de más perfeccionado estilo, gusto y lenguaje. Porque, si Covarrubias imitó, con más ó ménos acierto, al frigio Esopo y al latino Fedro, también lo hicieron nuestros insignes Iriarte y Samaniego en algunas de sus celebradas fábulas y hasta el Maestro del apólogo moderno, Lafontaine, sin que por ello haya desmerecido la justa fama de que gozan en el mundo literario.

Mas, no siendo mi objeto hacer la crítica del libro que nos ocupa y si únicamente dar á conocer algunos cuentos del olvidado moralista segoviano, contando con la proverbial amabilidad del Director de la REVISTA DEL TURIA, á fin de soltar la idea de que, dichos cuentos, como próximos al apólogo, pueden considerarse como el germen embrionario de la fábula moderna, así como la *Celestina* lo fué del género dramático, renuncio á más consideraciones para que el lector las supla con su particular criterio.

Los dos ríos.

«Tan manso se nos muestra el claro Ibero
que apenas se conoce á donde guía
y vereis á un Ciamores tan parlero
cuanto turbio correr la noche y día.»

No se puede sufrir al palabrero
que tiene con dos letras fantasía
viendo tan sin ruido y tan callados
los que son en el mundo señalados»

Máxima verdadera, pues como dijo Zenón, refiriéndose á los marisabidillas de tres al cuarto, que son los que con poco meollo y mucha audacia se dán tonos de Sabios por academias y ateneos que,
«eran—y són—como la moneda falsa que tiene letras pero nó peso como la buena»

La Sirena.

«Comienza el vicio siempre con blandura,

prometiendo contento, y admitido cumple con dar disgusto y amargura quedando en todo falso y fermentado.

¡Oh canto de sirena y hermosura, que al cabo eres un monstruo tan temido; cuan seguro podrá estar de su daño quien mirase tu fin con desengaño!»

Por lo que Séneca dijo: *Que los vicios no se han de mirar cuando vienen sino cuando se van.* Y la Sagrada Escritura, refiriéndose á la deshonestidad, manifiesta que, *los labios de la mujer destilan miel, pero sus dejos son mas amargos que los ajenjos.*

Que, aun cuando muy sabido, no es menos cierto.

La soledad del campo.

«Cuan apacible y descansada vida la del que en soledad ha hecho asiento, y dejando del mundo el cumplimiento, de Dios se acuerda y lo demás olvida.

¿A quién esta frescura no convida, aqueste murmurar del manso viento, esta agua que apresura el movimiento la música suave no aprendida?

Sigan otros el mundo lisonjero, sin vivir para sí, siempre ocupados en aquello que menos les convenga.

Que quien para sí quiere sus cuidados, dirá: la soledad para mí quiero, y todo lo demás allá se avenga.»

Imitación del cármén de Horacio *Beatus ille qui procul negotiis* etc. que tan magistralmente siguió nuestro esclarecido Fray Luis de León en su conocida oda *La Felicidad de la vida del campo.*

Las penas de este mundo.

«Blasonan los de Creta haber nacido entre ellos el gran Júpiter, y aquesto les hizo demandar, lo que tan presto les fué negado como fué pedido.

Y era, que fuese de ellos despedido el trabajo, que á todos es molesto, y que de allí adelante todo el resto de la vida pasasen sin gemido.

Siendo, pues, imposible, pretendieron pudiesen entre sí trocar sus males sacándolos á plaza cierto día.

Y esto alcanzado, vieron cosas tales que sin querer trocar, se despidieron cada cual escogiendo el que tenía.»

Lo cual también Calderón de la Barca lo dijo en *La Vida es sueño: cuentan de un sabio...* etc.

La escala del cielo.

«Yo sé quien, siendo niño, hubo soñado que, desde el cielo al suelo descendía una escala de piedra, y con cuidado por ella poco á poco se subía.

Y el trozo que dejaba ya pisado en levantando el pie, se le caía; y así forzosamente caminaba, pues dando paso atrás se despeñaba.»

La virtud no puede retroceder en su camino sin caer en el abismo del vicio.»

El hacer mal no queda impune.

«El que del mal ageno bien espera cualquier mal que le venga ha merecido, y más quien hace lo que no debiera con pérdida de algún bien conocido.

El hacer mal es facil á cualquiera, mas á su salvo á nadie es permitido; muestranlo las abejas cuando hieren, que dán algun dolor, mas ellas mueren.»

El hacer mal jamás queda impune, puesto que, además del remordimiento de nuestra conciencia, casi siempre, tarde ó temprano, tenemos el castigo de la culpa en este mismo mundo. Cosa conveniente para refrenar los malos instintos del hombre, según Cicerón.

Los Jueces.

«Si de todos los jueces se tomara, cual era menester, la residencia, con ser los que defienden la inocencia, de muchos por ventura se quejara.

Y es de entender que si se practicára aquel justo rigor de la sentencia del severo Cambises, la insolencia de algunos malos jueces se enfrenara; el cual mandó que un juez se desollase vivo, porque á los vivos desollara y su piel en estrados se clavase, ordenando que, un hijo que dejaba, en lugar de su padre se sentase, porque mirara bien lo que juzgaba.»

Burillo es el hecho histórico recordado, pero á la verdad convendría que lo tuvieran presente algunos jueces y mandarines modernos.

La lisonja.

«No viendo el dios Mercurio tiempo alguno

en que Argos estuviese descuidado, ordena de tañerle, y uno á uno sus ojos,—que eran ciento,—le ha cerrado.

Y así le hurtó la vaca que por Juno guardaba, en que á las gentes ha mostrado; que, el mas despierto engaña de ligero el dulce són del falso lisongero.»

La falsa lisonja es muchas veces mas temible que la injuria descarada y franca, pues de esta te podrás defender y de la primera, tu amor propio no te dejará ver el veneno que encierra la dorada píldora de la alabanza. Plutarco dijo: «*Que el que gusta de aduladores se ama con exceso así mismo.*» Y Séneca, aludiendo á los Reyes y Príncipes de la tierra y á la atmósfera de adulación de los palacios; «*á esos que todo lo poseen les falta una cosa... encontrar quien les diga la verdad.*» «*No te busques allí fuera de tí, dijo Persio, que no es buena balanza la opinión del vulgo para pesarte por ella.*» Y Alejandro Magno al ser herido de una flecha en una batalla, sus cortesanos le aconsejaban no se curase la herida, pues como hijo de Júpiter, era inmortal. Pero el Rey Macedonio, les contestó: *Todos me dicen que soy hijo del gran Júpiter, mas esta herida me está diciendo que soy de hombre.*»

La vida y la muerte

«El tiempo vuela como el pensamiento, huye la vida sin parar un punto, toda está en continuo movimiento; el nacer del morir está tan junto que de vida segura no hay momento, y aun el que vive en parte es ya difunto; pues como vela ardiendo se deshace comenzando á morir desde que nace.»

Metáfora esta última de gran propiedad y exactitud, pues la vela tan pronto como principia á arder (es decir á vivir) comienza también á morir consumiéndose su existencia.

Y no siendo mi objeto, como tengo dicho, hacer crítica alguna de un libro del cual pocos se acordarán, y no deseando tampoco molestar más á los benévololectores de esta REVISTA, hago punto final, una vez cumplido mi empeño de hacer revivir, siquiera sea tan solo por unos momentos, la memoria de un escritor que, si como tal no llegó á adquirir gran celebridad entre sus con-

temporáneos, como moralista y erudito merece ser estimado y puesto en el índice de nuestros esclarecidos y doctos varones del renacimiento literario.

ANTONIO TALAYERO.

AVENTURAS DE UN TRICICLISTA.

I.

PUES señor (y no va de cuento, que es historia, divertidísima por más señas); todos VV. saben qué cosa es un *triciclo*. ¿Qué no? Pues triciclo es, ni más ni ménos, un velocipedo de *tres* ruedas, sobre el cual se viaja por caminos llanos y no pedregosos con rapidez y comodidad grande, sin necesidad de trenes, diligencias, coches, caballos, ni asnos; es una verdadera ganga, porque el triciclo, mejorando lo presente, ni come, ni bebe, ni descome, ni rebuzna, ni se cansa, ni rompe aparejos, ni nada; es, en fin, como quien dice, un caballo de acero y níquel, que siempre está dispuesto á correr como alma que lleva el diablo, sin que el ginete tenga que hacer otra cosa más que mover acompasadamente las piernas, como quien maneja una máquina de coser, e imprimir dirección á la rueda delantera con el timón, que sirve también de apoyo á la mano directora.

Capallero, pues, en mi triciclo, como D. Quijote en Rocinante, salí de casa cierto día, no á desfacer agravios, amparar doncellas, ni enderezar entuerros; sino lisa y llanamente á recorrer los pueblos de cierta serranía, de cuyo nombre me acuerdo perfectamente, que de pocos años á esta parte debe á la munificencia liberal que nos desgobierna, el camino real ó carretera que cruza sus términos, sube y baja por las laderas de sus montes, serpea al borde de sus ríos, taladra sus peñascos y lame las casas de algunos de sus lugares.

Deslizábase mi clavileño sobre la tersa superficie de la carretera, recién humedecida por el rocío matinal, con la rapidez de una locomotora; compensaba yo los esfuerzos gimnásticos de mis piernas, aspirando con delicia el ambiente perfumado de la montaña; corría el río á mi izquierda, despeñando-

se de precipicio en precipicio, salpicando de espuma sus orillas hondas y peligrosas, y murmurando rencoroso y fiero, sin duda porque aunque empuñaba cuanto podía la cabeza, jamás pudo ver al triciclista desde su profundo lecho; sonaban las esquilas de los ganados en los montes de mi derecha, quedándose con un palmo de boca abierta los zagales que veían pasar como una exhalación aquel vaporoso carro, sin tiro, ni carretero, y disfrutaba yo, en suma, con tanto abandono como complacencia del montañés espectáculo y de la rapidez y comodidades de mi vehículo... cuando divisé á lo lejos una mancha negruzca que destacándose sobre la blanca cinta de la carretera, avanzaba, avanzaba pausadamente, y levantando nubes de polvo á derecha é izquierda. Muy pronto vislumbré que era un hato de carneros, con hermosos cuernos retorcidos y sebosas rabadas, que el pastor conducía tal vez á la feria ó quizás al matadero. Es indudable que ni me vieron venir, ni me oyeron llegar, porque el triciclo se desliza sin hacer ruido; pero también es cierto, que el espanto de las reses lanares y de su pastor fué tan grande como su sorpresa, cuando de manos á boca encontráronse con aquella máquina que pasaba sin decir agua va, y echando chispas. Los carneros dieron un resoplido y haciendo corcovos se precipitaron al barranco del río, y el pastor que al pronto quedó estático, mudo de asombro, y como en Babia, recobró en seguida el habla y empezó á sacudirme pedradas, que por fortuna no me alcanzaron, mientras voceaba diciendo:

—¡Chiquito, diablo, bruja, avechicho, ó lo que seas, como otra vez me esmarres los carneros te clujo las costillas á garrotezos!

Nada tenía de agradable la amenaza; pero estaban ya tan lejos del palurdo caballo y caballero, que olvidé en el acto la aventura, y me encontré al momento, mientras volaba, en las más dulces imaginaciones.

Verdaderamente es el triciclo invento prodigioso. Como sus tres ruedas, herradas de goma, solo rozan en tres puntos, el aparato se desliza con la suavidad de una anguila y la velocidad del rayo sin detrimento alguno, ni cansancio grande de las impulsoras piernas. Consulté mi reloj y mi podome-

tro, simétricamente colocados cada cual en el correspondiente volsillo de mi chaleco, y por el primero supe que llevaba una hora de marcha, y el segundo me dijo que durante dicha hora había recorrido doce kilómetros. ¡Quién no admira, no mi habilidad ni el vigor de mis piernas, sino la rapidez de mi triciclo

II.

Hala, hala, hala, corre que te correrás carretera adelante, vi venir una moza, montada sobre la albarda de un mulo, de mirada triste y sosegado paso. Compadecido de la joven, que tenía buen palmito y cara sonrosada y fresca, y recordando la aventura de los carneros, di voces gritando:

—Desmonta, muchacha, que se va á espantar y te va á tirar el macho.

—¡Puede!—contestó la moza agarrándose al rabo y cuello del mulo, que comenzaba á bailar, soplando y empujando las horejas.

Pero pasé tan velozmente, que el macho no tuvo tiempo para sacudir á su ama contra los guarda-ruedas de la carretera. Vamos, pensé para mi capote, el ganado mular no es tan espantadizo como el lanar, y lo celebro, porque, en este país, muchos cabalgan en mulos, y si no fuesen mansos y pacíficos había que disfrazar al triciclo de bestia. Con esta tranquilidad caminaba, cuando cátate una serrana, montada á mujeriegas sobre el serón que, por todo aparejo, llevaba una pollina. Emparejar con el triciclo, y apaar á la pobre mujer por las orejas, todo fué uno.

—¡Ay, ay, ay!... ¡Virgen Santísima!...

Paré el triciclo, y corré compasivo y presuroso á socorrer á mi víctima, que sangraba de la frente, la nariz y la mano; pero la montañesa me rechazó airada, se levantó por sí misma, colocó el serón en la burra, le arrimó un par de barazos ravisos, y se alejó diciendo:

—¡Mal rayo le parta á él y á su carró!... ¡Malditos lechuguinos!... ¿No se han hecho las carreteras pa las personas y las bestias?... ¿Pus intorces pa que me viene con retólicas y minicolos?... ¡Ah! si mi hombre fuese alcalde...

La montañesa tenía razón: las carre-

terras se han hecho para las personas y para las bestias; mi triciclo no era bestia ni persona; luego... ayúdeme usted á sentir. El silogismo, sin embargo, no tenía suficiente fuerza probatoria, porque la culpa, en mi sentir, no era del triciclo, aparato inofensivo y bienhechor, sino de la especie animal, espantadiza y sin fundamento, que hace cada burrada que tiembla el orbe. Monté, pues, en mi triciclo, dejando á la cerril serrana que restañase sus heridas como tuviera por conveniente, adoptaron mis piernas el paso gimnástico, y corre que te correrás, en un periquete me planté en Campobuey, misérrima aldea, tendida sobre una loma, por entre cuyos huertos y casas del llano cruza la carretera.

III.

Las mujercas que encontré haciendo calceta en las primeras casas del lugar, quedáronse unas con la boca abierta y sin acción para seguir trabajando, huyeron otras despavoridas, como quien ve visiones, y prorumpieron algunas en exclamaciones, que harían morir de risa al lector si yo hubiese podido copiarlas. Los muchachos, que son como las moscas, perdieron el miedo apenas hice alto; aproximáronse al triciclo, primero á respetuosa distancia, y tan cerca despues, que comenzaron á tocarle y á intentar ponerle en movimiento; me molieron á preguntas extravagantes, llamándome *tío*, sin pizca de reparo, ni respeto, y sin que yo tenga sobrino alguno en Campobuey; y hasta tuve que repartir unos mogicones para librar á mi triciclo de enjambre tan pegajoso.

—¿En dónde está la posada, muchacho?

—Si quié usted yo llevaré el carro, tío.

—Ni el carro, ni al carretero; echa delante, y enséñame la casa.

—Miuste que está allí arribota.

—Andando pues.

Subí como pude mi triciclo por aquella cuesta pedregosa, con el propósito de almorzar, mientras descansaba un rato en la posada, y seguido de todos los chiquillos del lugar, me vi delante de la posadera Ana María, que nada tenía que echarle en rostro á Maritornes.

¿Tiene V. algún cuarto bajo para en-

cerrar bajo llave este carrito?

—¡Josús, maña! Y eso tan ruin ¿pa qué sirve?

—Para viajar.

—Si... como no viaje usted con él al hombro.

—Pues hay de todo: cuando yo estoy cansado monto en él, y cuando él se fatiga cargo con la máquina.

—¿Y pa qué quié usted montar? ¿Pa estarse á carramañones parao y tomando el sol? Pues es una diversión como otra cualquiera...

—¿Pero tiene V. donde meterlo, si ó no?

—¡Otra! Pus métalo usted en la cuadra.

—Me lo destrozarán las caballerías.

—Verdá es, que paice un hiquitrete. Pus lo meteremos en la pajera.

Así se hizo; pero como la turba de chiquillos se nos vino detrás, y comenzó á asaltar la pajera, volví á repartir mogicones; tomó una escoba la tía Ana María, y sacudiendo escobazos sobre las greñas, gritó:

—A la calle ahora mesmo, melenos más que melenos. Si no sus vais...

Y se fueron efectivamente.

—¿Qué tiene V. para almorzar?

—Pa almorzar cuanto usted quiera, señor, porque lugar más regalo que éste no han visto los nacíos. Miusté, aquí trucha con tres efes...

—¿Y qué es eso?

—Toma, pus tó Dios lo sabe; trucha fresca, frita y franca.

—¡Ah! ¿Con que franca también?

—Es un decir.

—Bueno, adelante; ¿y qué más?

—Pus aquí carnero, aquí oveja, aquí cabra, aquí cabrito, aquí cordero, aquí gallinas, pollos, huevos, pernil... y aquí de tó cuanto Dios ha echao al mundo, porque pueblo más regalo que éste...

—¡Magnífico! Pues sírvame V. una tortilla con jamón, unas chuletas asadas y una trucha frita. Con que volando, ¿eh? volando.

—Sí; pero santo varon, antes hay que pescar las truchas, y hay que matar el carnero, y sacale las costillas, y que mercar los huevos, el pernil, y hasta el pan, el vino y el aceite.

—¡Canastos! ¿Pues no ha dicho usted que tenía de todo?

—No, señor, que hay de tó en el lugar, porque otro más regalo que éste...

—Pero ¿no venden carne?
 —No, señor, hay que matarla antes.
 —¿De manera, que si quiero almorzar chuletas tengo que comprar un carnero vivo?

—Cabal.

—Pues renuncio á las chuletas. ¿Y si quiero almorzar truchas, he de encargarme antes que las pesquen?

—Pues eso mismo.

—Renuncio á las truchas y me contento con la tortilla con jamón. Vamos, hágala V. corriendo.

—Ahora mismo; pero emprésteme usted una peseta pa que compre los huevos, el pernil y demás.

—Tome V. pero volando.

Volando, efectivamente, como los gansos, regresó la posadera media hora después con un huevo sucio en la mano, un pan más negro que el tizón con que estaba amasado, y la embajada de que *naide* había querido empezar un pernil *pr* tan poca cosa, y que si quería otro huevo tenía que esperarme á que lo pusiera una gallina que ya estaba cacareando en el nidal.

—Pero, mujer, ¿y no hay pan más blanco en el pueblo?

—De tó cuanto usted quiera; pero mollete sólo come el señor Cura.

—¿Cómo se llama?

—Mosen Damián.

—¿Y de apellido?

—¿De apelli... qué?

—Que qué otro nombre tiene por su padre.

—¡Ah, ya! Pus aquí licen Remilgos, porque á tó le saca peros y ná encuentra fino.

IV

Me metí en casa del Cura, sin encomendarme á Dios ni al diablo, y con el sólo propósito de comprarle un pedazo de pan comestible; pero el buen señor inmediatamente hizo trasladar mi triciclo á su casa, me dió de almorzar lo mejor que tenía, y me trató tan campechanamente, que empezamos desconocidos y concluimos amigos íntimos.

—Pero, señor, ¿y cómo puede V. vivir entre estos cafres?

—La necesidad tiene cara de hereje, y no sabe usted cuán exacto es el calificativo que acaba de aplicar á mis feligreses.

Siempre han sido rudos é ignorantes

los aldeanos, y lo serán siempre; sólo que antes sabían el Catecismo, respetaban al Cura y al alcalde, porque el principio de autoridad tenía raíces hondas en sus sentimientos y costumbres, y la resignación cristiana endulzaba su pobreza y vida penosa; pero amigo mío, desde que con tanta ilustración y libertad tanta se nos han entrado por las puertas las elecciones y los papelechos socialistas y anti-religiosos, no se puede vivir en las aldeas. Sin el freno de la fé, ni el de la fuerza, esta gente es indomable y temible.

—En las ciudades, al menos, contamos con la educación de muchos, la Guardia civil y los agentes de policía y de orden público.

—Pues yo, señor mío, no cuento más que con la protección divina y con mi propia debilidad, porque la parroquia cada vez está peor.

—¿Pero no habrán llegado á faltarle á V. al respecto?

—Eso no; porque no me lo han tenido nunca. ¿Querrá V. creer que tiempo atrás quisieron hacer y acontecer conmigo, porque un pedrisco terrible arrasó sus campos y destruyó en pocos segundos sus cosechas?

—¿Y V. que tenía que ver con semejante calamidad?

—Pues decían los muy bárbaros que el pedrisco era debido á que yo no había *esconjurado* á tiempo la mala nube, y á que he prohibido que les pongan cintajos á manera de bandas á las imágenes.

—¿Será posible?

—Lo que V. oye. Hombre, ¿qué más? estan indignados porque canto en las novenas, en las flores á María del mes de Mayo, en los ejercicios del Sagrado Corazón de Jesús del mes de Junio, etcétera, etc. Dicen que eso no se ha visto en su iglesia *en jamás de los jamases*.

—Pues señor Cura, monte V. en mi triciclo y vuélvales V. la espalda.

—De buena gana; pero no hay más remedio que morir al pié del cañón.

Me acompañó el buen párroco hasta dos kilómetros del pueblo; examinó detenidamente el mecanismo del triciclo, admirando la sencillez, elegancia, comodidad y solidez de la máquina, montó un rato, y casi aprendió á manejarle, y se volvió á su parroquia

cargado con mi gratitud y ofrecimientos amistosos de toda clase.

Los chiquillos del lugar, que nos espiaban y seguían á distancia, apenas me vieron subir al triciclo, comenzaron á gritar como locos:

—¡Que se va, que se va el tío del carricoche!

Y echaron á correr detrás en competencia con el velocipedo. Amoratados, la lengua fuera y sudando á chorros, alcanzáronme los más valientes; pero apreté el paso, y momentos después desaparecí de su vista, dejando á Campobuey y sus chicuelos con un palmo de narices.

V.

Nada agradable era mi primera visita á los pueblos de tan pintoresca serranía, ni llevaba muy buenos recuerdos de mi primer viaje triciclista; pero la amabilidad del Cura de Campobuey y su almuerzo, si no opíparo, succulento, bien sazonado y limpio, regocijaron poco á poco mi ánimo, que se entregó inocente á la contemplación de aquella naturaleza bravia tan llena de encantos, y á ponderar las ventajas y comodidades de mi vehículo, siempre brillante y rápido.

Encontré peatones de uno y otro sexo, que ménos espantadizos que los ganados lanar, asnal y mular, al verme venir salían de la carretera refugiándose en las cunetas ó guarda ruedas por temor de ser atropellados; pero visto y reconocido el carricoche cobraban ánimo, y entre exclamaciones de asombro me decían:

—Eso será pa pretar el firme de la carretera.

—¡Diablo con el aguilucho! ¡Pus no anda solo sin que tire naide del carro.

—Mía, mía tú como lo mueve con las patas.

—Eso es á mó de cerro-carril

—Ya se dirá, ya se dirá, que esas cosazas las inventan los malos.

—¡Josús, si va que vuela!

—Pus como trompiece, atí cuenta que se ha roto los morros.

Estas y otras expresiones gráficas que oía al paso, regocijaban mi espíritu hasta el extremo de hacerme olvidar las desventuras primeras y de prometerme distracciones mayores; pero el hombre propone y los montañeses disponen. Como nido de águilas entre peñaseos, divisé en la ladera de un

monte, á mi derecha, cierto pueblo, que después supe se llamaba Rejalgar (y para mí lo fué de lo fino), cautivando los ojos del viajero con su situación empinada y abrupta. Carretera adelante avanzaba á la vez por mi izquierda un carro enorme, cargado hasta el tolo casi de tablones de coto y tirado por siete mulas como siete dromedarios, dirigidas por vivaracho y pequeño borrico delantero. El carretero, como es mal uso y peor costumbre entre los de su clase, venía tumbado panza arriba sobre las tablas, dejando á las bestias la dirección de su carro. Un grupo de gañanes mataba el tiempo viendo quién pasaba por la carretera desde los peñascos de Rejalgar. Emparejó el carro con mi triciclo, se asustó el borrico, torció hácia mi izquierda, esto es, hácia el precipicio, por el fondo de cuyo barranco corre el río; siguiéronle las mulas, á pesar de las voces soñolientas del carretero, y borrico, mulas, carro, tablas y carretero precipitáronse lentamente terraplen abajo, dando con la pesada máquina en el río. Apreté el paso cuanto pude, y hui apenado y temeroso del lugar de la catástrofe, si no formalmente causada por mí, materialmente ocasionada al menos por mi triciclo.

Dando gritos desaforados y blandiendo sus garrotos bajaban á la vez de Rejalgar los gañanes en socorro del carretero, y al dar conmigo, diciendo: —¡Este ha sido, éste ha sido!—emprendieron á garrotazos al caballo y al caballero, y no tuve más recurso que salir pitando por aquellos montes, dejando mi flamante triciclo hecho pedazos al pié de Rejalgar.

¿Murió el carretero? No lo sé; pero si me consta que el primer triciclo que tuvo el atrevimiento de trasladarse desde los talleres de París á la serranía de mi cuento, murió á garrotazo limpio. A campo atravesía me refugié aquella noche en casa del Cura de Campobuey, el cual aunque temía y esperaba lo ocurrido, no dejó por eso de curar mis contusiones, reparando con sabrosa cena y mullida cama mis agotadas fuerzas.

Así me lo contó cierto triciclista amigo mio, y para que no se diga que es cuento, como me lo contaron yo lo cuento.

M. POLO Y PEYROLÓN

MISCELÁNEA.

PRECIOS DE GRANOS
EN ESTE MERCADO.

Chamorra.	á 36 rs. fan. ^a
Idem ordinaria.	á 34 »
Jeja.	30 á 31 »
Candeal.	31 á 32 »
Royo.	28 á 29 »
Morcacho.	24 á 26 »
Centeno.	á 22 »
Cebada.	á 18 »

ELIXIR DE ANÍS.

AGUARDIENTE DE VINO, SIN MEZCLA
DE ALCOHOL INDUSTRIAL.

Tónico — Estimulante. — Estomacal.
10 rs. botella. — 8 rs. litro.

Farmacia de Adan — Teruel —

Solita, ó amores archiplatónicos por D. Manuel Polo y Peirólon. — Elegantemente impresa sobre papel satinado, con viñetas, tipos elzevirianos y cubierta á dos tintas, acaba de publicarse esta novela, original, de costumbres valencianas contemporáneas; y al precio de diez reales se vende en las principales librerías. El autor la remite también á correo vuelto. Por vía de prólogo lleva al frente una monografía sobre *naturalismo literario*, premiada en público certamen por la Sociedad Económica de Alicante con medalla de oro y título de socio de mérito. El autor (que vive Ruben, 7, Valencia) la remite á correo vuelto.

Gran suscripción musical, la más ventajosa de cuantas se publican; pues reparte además de la música de zarzuela que se dá por entregas y sin desembolsar un céntimo más, otras obras de regalo, á ELECCION DE LOS SUSCRITORES, cuyo valor sea igual al que hayan abonado para la suscripción.

Almacén de música de D. Pablo Martín = Correo, 4 = Madrid. = Corresponsal en Teruel, Adolfo Cebreiro = San Esteban = 5.

Las primeras brisas otoñales despiertan una grave preocupación en el ánimo de las señoras todas, y singularmente en el de las madres de familia. Hay que prepararse á recibir la estación de los fríos, tan dura y prolongada, proveyendo á la necesidad de nuevos trajes, abrigos, sombreros, etc., ó de reformar los antiguos, y todo esto, mediante una

ordenada distribución del presupuesto doméstico; medida de prudencia, que en modo alguno se aviene mal con el buen gusto.

En estos casos es cuando principalmente se reconoce la utilidad y el valor práctico de una publicación especial que, como la antigua y acreditada *Moda Elegante Ilustrada*, pone al alcance de las señoras, sin distinción de categorías sociales, los medios de poder confeccionar *en casa* toda clase de prendas de vestir, para su propio uso y el de sus hijos, gracias á la considerable cantidad de modelos, figurines, patrones trazados en tamaño natural, y explicaciones minuciosas que da en cada número de sus cuatro distintas ediciones, cuyos precios varían entre 40 pesetas al año y 4,25 por tres meses.

La Administración de *La Moda Elegante Ilustrada* (Carretas, 12, principal, Madrid) envía gratis el prospecto y un número de muestra á cuantas señoras desean imponerse de las condiciones materiales de la publicación.

La Guirnalda, que ha realizado importantes mejoras en su texto, publica grabados de modas y labores que en nada desmerecen de los periódicos de más lujo, y en su verdadera especialidad de dibujos para bordar es el que da pliegos nutridos de infinidad de modelos de la mayor utilidad para Colegios, Escuelas y para las familias todas, que encuentran en esta publicación, la más barata de las del bello sexo, cuanto pueden necesitar para sus labores y para vestir con elegancia. Es sin disputa la que más se recomienda al público.

La Correspondencia Musical es, sin duda, el mejor periódico de teatros, música y bellas artes que se publica en España. Los mejores artistas nacionales y extranjeros colaboran en él, y la música que reparte á sus abonados en cada número es selecta y de mediana dificultad. Se suscribe en el almacén de música y pianos del Sr. Zozaya, carrera de San Jerónimo, 31, Madrid. — Cuesta un trimestre 24 reales, y 88 el año.

A todos los que deseen estar al corriente de los adelantos científicos é industriales, conviene suscribirse á la muy acreditada *Revista Popular de Conocimientos Útiles* que se publica en Madrid. Las suscripciones se hacen dirigiéndose al Administrador calle del Doctor Fourquet, 7. — Cuestan por un año 40 reales; seis meses 22; tres meses 1.

Regalo. — Al suscriptor por un año se le regalan 4 tomos, á elegir, de los que hayan publicados en la *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada* (excepto de los *Diccionarios*), 2 al de 6 meses y uno al de trimestre.

Teruel. = Imp. de la **Beneficencia**.